



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

Instantáneas.

(Eugenio Sellés.)



—Yo, con mérito bastante,
aspiro al sillón vacante;
y apuesto á que se lo dan
al primer Commelerán
que se ponga por delante.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—¡Qué espantosa realidad!, por Juan Pérez Zúñiga.—El amor del anacoreta, por José Estremera.—PLUTARQUILLO.—Prólogo.—Demóstenes, por Vital Aza.—¡Hay clases!, por Sinesio Delgado.—Mendacencias, por Juan G. Caminero, Federico Canalejas y Alberto Casañal Shaker.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Instantáneas (Eugenio Sellés).—Miscelánea (dos viñetas).—Demóstenes (nueve viñetas).—Los grandes éxitos (seis viñetas), por Cilla.

DE TODO UN POCO.

Poco á poco se van reformando las costumbres administrativas, y dentro de algunos meses habrá desaparecido de España la inmoralidad que nos corroe.

Descríbense irregularidades, sorpréndense negocios impuros, corrígense vicios y evítanse defectos; en una palabra, el gobierno protector realiza su tarea redentora con un celo digno de todo elogio, y el hombre llegará á ser en este país una especie de ángel terrenal sin alas, merced á los buenos oficios del gabinete que preside D. Práxedes.

Hasta ahora Luzbel vanía frotándose las manos de gusto y relamiéndose de felicidad al ver que el infierno se le llenaba de españoles; pero de algunos días á esta parte, el número de condenados ha decrecido notablemente y sólo ingresan en los antros infernales uno que otro empleado de Correos ó tal cual vista de aduanas de Cuba. En cambio, el cielo comienza á estar intranquilable, con gran sorpresa de los bienaventurados, que dicen á cada momento:

—Pero, señor, ¿qué sucede en España? ¿Cómo es que ingresan tantos españoles aquí?

—¿No saben ustedes lo que pasa?—replica San Pedro.

—No, señor.

—Pues ahora tienen los españoles un gobierno moralizador como nunca lo ha habido.

—¿Quién lo dirige?

—Un tal Sagasta.

Los bienaventurados, incrédulos de suyo, sonrían con cierta expresión de duda; pero el santo portero acaba por convencerlos de que hoy todos los españoles estamos en el mejor de los mundos posibles. El caso es que en el cielo ya no se cabe, á pesar de haber derribado varios tabiques á fin de ensanchar la región de los justos, y éstos tienen que dormir de dos en dos, cosa que molesta bastante á los antiguos huéspedes.

—¡Mira que haber estado tantos años cómodamente y tener que soportar ahora estas pequeñeces!—exclaman los estudios.—¡Córrese usted hacia el rincón, que me está usted matando un codo por la cintura!

—Ya no puedo correrme más—contesta el huésped nuevo.

—¿Por qué no se ha quedado usted en el purgatorio?

—Porque no he querido. ¡Hombre! Tendría gracia que después de haberme portado en la tierra como un verdadero ángel tuviese que pasar unos días en el purgatorio.

—Buena, ¿pero qué ha hecho usted para ganar la gloria?

—¡Anda, anda! He sido alto funcionario en Filipinas, y al regresar á España tuve que pedir dinero prestado para el pasaje. ¿Le parece á usted poco?

—¿Pues qué quería usted? ¿Que le condujeran gratis?

—No, señor; quiero decir que no he traído una sola peseta mal adquirida.

—¿Y ése es un mérito?

—Ya se ve que sí. Además, me he leído un tomo de discursos de Becerra.

—¡Ah! En ese caso, bien merecida tiene usted la gloria.

—Con el permiso de usted, me voy á dormir.

—Sí, que ya es hora. ¡Vaya unas noches que estamos pasando en el cielo desde que ha venido tanta gente!

—¿Y la que falta todavía!

—¿Pero el gobierno español persevera en su actitud moralizadora?

—¡Anda, anda! Ya lo creo. Allí nadie juega á los prohibidos, ni tiene relaciones ilícitas, ni presencia espectáculos que no estén de acuerdo con la más exquisita moral. Ahora funciona una sociedad de padres de familia, que vale todo lo que pesa.

—¿Y á qué se dedica?

—Á alejar al hombre del sendero del mal, conduciéndole directamente aquí en tren mixto. Sabe, verbi-gracia, que un joven cala-

vera ha puesto sus ojos en una viuda con fines malvados; pues coge á la viuda y la casa con un dependiente de la sociedad para prevenir cualquier desvío. Llega á su noticia que una joven mandorosa tiene mal dormir y se destapa por las noches; pues va á su alcoba inmediatamente y la tapa. Entre la sociedad y el gobierno está quedando España como nueva.

—Ya era tiempo, porque antes no se veía aquí un español más que de hijos á brevas.

—Es que entonces no era ministro Moret. Vaya, buenas noches.

—Santas y buenas; pero córrase usted hacia el rincón, que no cabemos.

—¡Como no quiera usted que me aplastel! Yo no puedo estar más corrido.

La moralidad que reina aquí abajo ha producido en el cielo muchos inconvenientes, y San Pedro comienza á preocuparse, porque es lo que él dice:

—Si no ofrecemos á los bienaventurados la comodidad necesaria, si no les damos todas las dichas á que se han hecho acreedores, dirán y con razón que les hemos defraudado. Y el que se queda en ridículo soy yo.

* * *

Creo que ya no conviene tanta virtud, porque va á llegar día en que no haya sitio en el cielo para los españoles impecables; pero vaya usted á convencer al gobierno.

—Moralidad, moralidad y moralidad—gritan los ministros á coro.

Y no dan un solo destino sin exigir certificación de buena conducta y una declaración firmada por tres personas con casa abierta donde conste que el interesado es honesto y que usa calzoncillos en todas las estaciones.

Ya no sucede lo de antes, que iba un diputado influyente ó una señora guapa á ver al ministro y obtenía una credencial para cualquiera. Ahora lo primero que hace el ministro es preguntar:

—¿El pretendiente es puro? ¿Ha tenido relaciones ilícitas? ¿Trasnochó? ¿Ha ido á ver á la *Bella Chiquita*? ¿Lee novelas de Paul de Kock?

Sólo después de satisfechas satisfactoriamente estas preguntas se extiende el nombramiento; y hay veces en que después de nombrado, sabe el ministro que el sujeto asiste por las noches al Circo de Colón y dirige los gemelos á las pantorrillas de las boleras, y lo deja cesante *ipso facto*. Sin ir más lejos, ayer víose obligado á presentar la dimisión á instancia del ministro un oficial de secretaría.

—¿Pero por qué he de dimitir?—preguntaba el hombre, todo aliterado.

—Porque el gobierno no puedo tolerar las inmoralidades. Y usted, aunque me esté mal el decirlo, es un inmoral.

—¿Pero qué he hecho yo?

—¡No sé cómo no se le cae la cara de vergüenza! Anda usted por casa con una almilla de manga corta, enseñando el seno... Le ha delatado á usted la portera, que es fusionista.

Luis Taboada.

* *

¡QUÉ ESPANTOSA REALIDAD!

Después de haber bebido diez tintas y seis blancas, el albañil Blas Pérez marchóse á su morada, y al tiempo de acostarse con la cerril Colasa, lió su cigarrillo, fumólo hasta las cachas y la colilla inmunda se la dejó pegada al borde de una silla muy cerca de la cama. Á poco de dormirse, soñando Blas estaba. Vió el infeliz en sueños que en pintoresca estancia absorto recibía, entre una turba extraña de sifides, hurles, ondinas, ninfas y hadas, á una gentil princesa que Pura se llamaba, y le traía un puro muy rico de la Habana. ¡El puro qué sabroso! ¡La Pura qué gallarda!

Entre columnas de hama Blasillo disfrutaba del gusto del tabaco, y de las *mojigangas* con que la hermosa Pura sin tregua le brindaba. ¡Mas qué breve es el tiempo para la dicha humana! ¡Cuán rápidas las horas de los placeres pasan! Cuando Blasillo sueña con lo que más le halaga, dormida su consorte le arrima una patada. Despierta Blas, dejando caricias y fragancias, enciende luz, se sienta en medio de la cama, suspira, reconoce el sitio en que se halla: ¡ni el puro ni la Pura le brindan ya con nada! Restregase los ojos y encuéntrase ¡oh desgracia! á un lado la colilla y al otro la Colasa.

Juan Pérez Zúñiga.

Miscelánea.



—¡Gracias á Dios que se ha acabado el verano! Ahora ya puede uno salir por la calle y encontrarse personas conocidas que aprecien las buenas formas de uno.



—Yo no puedo ofrecer á usted, por ahora, más que un corazón ardiente y puro, y el medio banco de la Castellana que nos había de servir de tálamo.

EL AMOR DEL ANACORETA

Se dice que era Asunción una hermosa criatura, á quien amó con locura el desventurado Antón.

Si, cuando á solas la hallaba, quería acercarse á ella, dando un respingo, la bella de su lado se escapaba.

Si la abrazaba, queriendo dar señales de atrevido, ella le daba un bufido y se marchaba gruñendo.

Daba á cualquiera un petardo, pues, aun cuando era tan mona, era zahareña, gruñona y más áspera que un cardo.

Por tosca y mal educada la gente no la quería; mas de eso Antón no veía absolutamente nada.

Aunque temiendo un fracaso, un día le declaró su amor, y ella se marchó sin hacerle ningún caso.

Lo cual le vino á causar una gran melancolía, y el pobre ya no podía ni vivir ni sosegar.

Viendo que el hado espantoso le trataba de tal suerte, se hubiera dado la muerte á no ser muy religioso.

Pero pensó ¡pobre Antón! que lo mismo que estar muerto era marcharse á un desierto, como su santo patrón.

Por vivir á lo divino, como del santo leyó, al desierto se llevó por compañero un cochino.

Y pasaba el día entero oyendo la melodía que en sus cánticos hacía su cerdoso compañero.

Estaba así el pobre, cuando en una tarde de esto, dormitando junto á un río, lleno de gozo, soñando

que era dueño en matrimonio de aquella chica tan mona, se le apareció en persona el mismísimo demonio

y le dijo: «Has de saber que, con gran remordimiento por su desdén, ha un momento que ha muerto aquella mujer por quien has venido aquí; y que, por verte en pecado, yo la he traído á tu lado y ha de vivir junto á ti.

Como sé que todavía guardas de ella un buen recuerdo, la he convertido en el cerdo que vive en tu compañía.»

Así el pícaro Luzbel dijo y desapareció. El buen Antón despertó pensando en el sueño aquel.

Y después, muy preocupado con tan horrible recuerdo, en cuanto miraba al cerdo se ponía colorado.

Le latía el corazón, no dejaba de mirarle y después daba en llamarle, en vez de *cochí*, Asunción.

Fresa de tales ideas, cuando el cerdo estaba hozando, él le decía, llorando de emoción: «¡Bendita seas!»

No pensaba en otra cosa, y muchas veces solía exclamar: «¡Te comería, que debes ser muy sabrosal!»

Pensando que era su bella, una tarde le abrazó, y como el cerdo gruñó, él decía: «¡Es ella, es ella!»

Y así, enamorado, loco y padeciendo á diario, el infeliz solitario se acababa poco á poco.

Y, siempre fiel al recuerdo de su adorada Asunción, el desventurado Antón murió de amor por el cerdo.

José Estremera.

Plutarquillo.

BIOGRAFÍAS LIGERAS DE PERSONAJES CÉLEBRES

Á QUIEN LEYERE Ó Á QUIEN OYERE LEER

En Dios y en mi ánima te juro, lector ú oyente amigo, que no pretendo con estos pobres trabajos pasar á tus ojos—ó á tus oídos—por un Plutarco y mucho menos que me tildes de erudito.

El que tú me creyeres lo primero más probara ignorancia de tu parte que vanidad de la mía, y bien sabe el cielo que conozco sobradamente tu discreción para que pueda atribuirte flaquezas que no tienes.

En cuanto á lo segundo, básteme recordarte que la erudición es manjar indigesto y empalagoso, y no estoy yo tan refido con mi estómago que á sabiendas le propine un alimento tan pesado y de tan difícil cocción.

Propóngome únicamente entretener tus ocios, aprovechando los míos, y despertar en tu trabajada memoria fechas y sucesos que ya tendrás olvidados de puro sabidos.

No vass en el tono zumbón de estas biografías como si quiera de irreverencia y menosprecio, y cuenta que las llamo ligeras porque no estaría bien que yo las bautizase de pesadas. Confírmalas tú con el nombre que te plazca y agrádeceme que te conceda prerrogativas de prelado.

Otórqueme el Señor su gracia divina y á mí me preste la humana—que bien la necesito,—y podamos tú y yo decir á la postre de estos trabajos lo que dijo el filósofo Ubite al terminar los suyos: «Conscientia bene acta vita, multorumque beneficiorum recordatio fecundissima est.»

Y después de este desahogo latino ya puedo decirte con orgullo que pases adelante.

V. G.



DEMÓSTENES

El poeta nace y el orador se hace.

Esto es una preocupación vulgar.

Tomás Luceño, en sus comentarios á las *Oratoria Institutiones* de Quintiliano, asegura que los oradores también nacen.

Y tiene razón.

Todos los historiadores afirman que Demóstenes, el primero de nuestros oradores... griegos, nació por el año 381 antes de J. C.

(J. C. quiere decir Jesucristo, no Julio César, como creen algunos).

Su padre—el padre de Demóstenes, no el de J. C.—honrado artesano y dueño de una de las principales fraguas de la localidad, había conseguido á fuerza de trabajos y de muchos endores—como que el hombre no se separaba del fogón!—reunir una fortuna regular.

El chico del herrero—que así llamaban á Demóstenes todas las comadres de la vecindad—crióse muy anémico. Circunstancia que hizo dudar á un médico de Atenas de la eficacia del hierro para combatir la pobreza de la sangre, porque es lo que él decía:

—A un chico que se pasa la vida en una fragua podrá faltarle aire, pero lo que es hierro...

Y, sin embargo, Demóstenes se había encanijado.

Y además era tartajoso.

A los cinco años de edad sólo sabía decir *pa-pa, ma-ma y ta-ta*. En cambio, comprendía perfectamente el griego, y esto revelaba en el niño una inteligencia nada vulgar.

Su madre no le permitió ir á la escuela por temor de que los demás chicos se burlaran de él, y poco á poco y con una constancia de madre le enseñó á leer, á escribir y las cuatro reglas.



Ya se disponían á matricular al niño en la segunda enseñanza cuando una horrible desgracia de familia vino á echar por tierra todos los proyectos. El herrero falleció repentinamente y, como consecuencia natural, Demóstenes quedó huérfano de padre.

Encargáronse de administrar su fortuna unos honradísimos tutores que en menos de un año se comieron hasta los clavos de la fragua, quedando viuda y huérfano á la luna de Tebas, como por entonces llamaban á la de Valencia.

Pobre y desesperado pasó el infeliz Demóstenes los primeros años de su juventud, viviendo casi de limosnas. La debilidad de sus fuer-

zas físicas no le permitía aceptar ninguno de los honrosos puestos que le ofrecían varios herreros, antiguos compañeros de su padre.

—Yo no he nacido para dar al fuelle—decía.—¡Aquí en mi cerebro bulle algo!

Y sumido en profundas meditaciones discurría constantemente por las calles de Atenas.



(He dicho que *discurría*, y aquí bien puede emplearse este verbo como activo. Queue la forma neutra para ciertos sabios del día, de los cuales puede decirse que *pascan*, pero no que *discurran*.)

Una tarde vino á sacarle de sus cavilaciones el clamoreo de los atenienses que llenaban la Plaza Mayor.

Dirigióse hacia allá y vió que una apiñada multitud aplaudía desahoradamente los brillantes períodos de un discurso que sobre los *derechos del hombre* pronunciaba uno de los más notables oradores de la época: un Castelar griego...

El hijo del herrero sintióse electrizado, como todos, al oír aquella palabra maravillosa.

La gloria del tribuno, y más que nada los aplausos de la muchedumbre, decidieron de su suerte.

—¡Seré orador!—se dijo. Y ya no pensó en otra cosa.

¿Quién sabe lo que habría sucedido si, en vez de ser un orador el que arrancaba aquellos aplausos, llega á ser, por ejemplo, un sacanuelo?

¡Quizás hubiera sido Demóstenes el primer dentista de la Grecia!

¡Inescrutables designios de la Providencia!

Pero no divaguemos.

Estábamos en que el joven desamparado y tartajoso aspiraba á ser el primer orador de su tiempo.

¡Orador un tartamudo! Esto parecía el colmo de la presunción y, sin embargo, no lo fué.

Los griegos eran así. Antojadizos de suyo y muy dados á vencer imposibles.

Lo primero que se le ocurrió á Demóstenes fué ir á casa de *Isócrates* á que le diese unas cuantas lecciones de oratoria.

Este Isócrates era un maestro de elocuencia á quien una enfermedad de la laringe, de pronóstico reservado, impedíale pronunciar arengas en la plaza pública, viéndose precisado á hablar bajito, por lo que había abierto una cátedra de oratoria en su casa, dando además algunas lecciones á domicilio. Como el hombre no vivía más que de eso, cobraba á buen precio los honorarios, razón por la que el pobre Demóstenes tuvo que desistirse de su propósito.

Pero no desmayó. Compró como pudo en los puestos de libros bastos todas las obras del maestro; las leyó y releyó sin descanso, y cuando ya se juzgó con fuerzas para ello, sentó plaza de orador.

El primer discurso se lo brindó á sus tutores. Citóles ante el juez por malversación de caudales, y estuvo el chico tan inspirado y elocuente en su acusación, que aquellos salieron condenados.

Orgullosa Demóstenes de su *debut* y creyéndose un consumado orador, quiso intervenir en los negocios públicos.



Encaminóse á la plaza—donde á grito pelado se discutían esas cosas—y tomó la palabra. ¡Nunca lo hubiera hecho!

Bien fuese por el *orgasmo*, como ya entonces se decía, ó bien porque el estado de la atmósfera desequilibrara el sistema nervioso del novel orador, es lo cierto que aquel día tartamudeó más que de costumbre.

El público, que comenzó á oírle con suaves murmullos de protesta, acabó por obsequiarle con la grita más espantosa que se registra en los festos de la oratoria griega. Demóstenes tuvo que suspender su discurso entre la rechifla general.

Otro menos animoso que él se hubiera achicado; pero nuestro hombre, que más que hijo de Atenas parecía natural de Riela, recordando el *machaca, chico, machaca*, tantas veces oído en su niñez, hizo una segunda tentativa... más desgraciada que la primera



Aquello fué el acabóse. Voces, protestas, insultos... ¡un escándalo monumental digno del Partenón!

—¿Cuándo rompe á hablar ese tí?—decían unos.

—¿Que lo diga cantando para que no tropiece!—replicaban otros.

—¿Que le corten el frenillo!—gritaban los de más allá.

En fin, que el pobre Demóstenes salió corrido de la plaza y arrastrado por las mulillas de la indignación pública. (Y ustedes perdonen la metáfora.)

Aquel fracaso le amilanó por completo, y acaso habría llegado á renunciar para siempre á la gloria á no encontrarse aquella noche con un amigo suyo, cómico de profesión, y por entonces *parado*.

—Oye, Demóstenes—le dijo éste.—No te desanimes por el meneo de esta tarde. Los oradores y los cómicos nos hacemos así, á fuerza de gritas. El que vale se impone en el *Foro* y el que no... que haga *matís* por las puertas laterales.

—¿Luego tú oí... pi... pines que yo pue... pue...?

—Tú puedes ser un gran orador y lo serás. Te sobran audacia, inspiración y talento. Sólo te faltan dos cosas: acompañar la palabra con el gesto y la acción y frisear claro y sin intermitencias. De lo primero me encargo yo. De lo segundo te encargarás tú mismo; es cuestión de constancia.

Y dicho y hecho. A las pocas lecciones de aquel carifoneo artista dramático, ya Demóstenes dominaba la gesticulación y era dueño absoluto de sus brazos.

La irritabilidad de su sistema nervioso comunicaba constantemente á sus hombros unos movimientos convulsivos muy desagradables y contrarios á la dignidad oratoria.

Para triunfar de esta especie de baile de San Vito «se ensayaba en una tribuna estrecha sobre la cual estaba suspendida una pica», cuyos puyazos contenían las contracciones musculares involuntarias. El infeliz llegó á tener el cogote hecho una criba, pero venció á los nervios.

Quedábale solo curarse de la tartamudez, y eso, como había dicho el cómico, era cuestión de constancia... y de chinitas.

Para ejercitarse en la difícil emisión de la voz y por no molestar á los vecinos, qué dirán ustedes que ideó? Pues se mandó hacer una cueva en las inmediaciones de Atenas, y allí se pasaba temporadas de tres y cuatro meses con la boca llena de chinitas y echando discursos á las paredes.

Como el encierro se le iba haciendo muy penoso y la dificultad no estaba vencida todavía, llegó «hasta hacerse afeitar la mitad de la cabeza (estaría bonito!) para reducirse á la imposibilidad de presentarse en público».

¡Vamos, que el hombre lo había tomado con empeño! Pero al fin consiguió lo que deseaba, y á los dos años salió de la cueva con la lengua tan expedita como si en su vida se le hubiese atravesado una palabra.

Ya lo saben ustedes. El toro que no sirva, ¡al corral! El diputado que no rompa á hablar, ¡á la cueva!

Fero no terminaron aquí los ensayos de Demóstenes.

A fin de ensanchar sus pulmones y de ser, por lo tanto, un ora-

dor de grandes alientos, pronunciaba discursos á voz en cuello y corriendo cuesta arriba por las montañas hasta echar los bofes. ¡Y al serfa robusto el hombre usado, á pesar de su encanijamiento, no reventó con tales ejercicios!

Sólo le faltaba ya, para completar su educación física, acostumbrarse á soportar con valor las protestas del auditorio, y para esto se le ocurrió una idea verdaderamente peregrina.



Cuando el cielo estaba tempestuoso y el mar embravecido, se iba á la playa, y allí, frente á las rompientes de las olas, improvisaba arengas insultando á los elementos... ¡Y claro! Ni una sola vez tuvo que rectificar. Las olas le oían como quien oye llover, y Demóstenes se marchaba á su casa orgulloso de su triunfo y con una mojadura por sesión. Al tener noticia de estos ridículos ensayos, decía el cómico de marras:

—¡Vaya con Demóstenes! ¡Al demonio se le ocurre! ¡Arengar á las olas! Ante un auditorio como ese me atrevo yo con todas las tragedias del mundo. ¿Pero ante un publicito? ¡Vamos, hombre!... Cuando un público grita y patea, ¡me río yo de los elementos!

Es lo cierto que Demóstenes, á vuelta de mucha perseverancia y de repetidos estudios, pudo presentarse un día en la plaza hecho todo un tribuno de cuerpo entero.

Cuando comenzó á hablar, el pueblo le escuchaba con justificado recelo; pero apenas concluido el brillantísimo exordio, ya el orador se había metido al público en el bolsillo... (Si es que las túnicas de los griegos tenían bolsillos, que no lo sé, porque no estoy fuerte en indumentaria helénica.)

Desde aquel día ya no se habló en Atenas de otra cosa, y siempre que los cortes anunciaban un discurso del nuevo tribuno había hasta bofetones para entrar en la plaza, y los revendedores hacían su agosto.

Demóstenes la había tomado con el rey Filipo de Macedonia, cuyo ejército era un peligro para la independencia de los griegos, y tales cosas dijo en las cuatro *filípicas* que le soltó, que puso á Filipo que no había por donde cogerle. Los atenienses, envalentonados con estas arengas, lanzáronse á combatir al de Macedonia.

Demóstenes, que predicaba con el ejemplo, iba siempre en la vanguardia.

Al principio todas fueron victoriosas para los atenienses, pero ¡ay! llegó la batalla de Queronea, y al ver que el santo se les volvía de espaldas, volvieron ellos las suyas y apretaron á correr.



Hay quien asegura que Demóstenes fué de los primeros en huir! Naturalmente! Un hombre como él no podía ser nunca de los últimos.

Aquel rasgo de valor... relativo no perjudicó en nada la fama de Demóstenes, pues, como dijo el otro, y si no lo dijo nadie, lo digo yo:

Bien puede un hombre ser gran orador
y no tener ni pizca de valor.

Y viceversa.

Después de todo, el pobre hizo luego lo que debía hacer: una elocuentísima oración fúnebre de los que habían perecido en el combate, y véyase lo uno por lo otro.

Murió Filipo, y le sucedió... lo que tenía que sucederle: un sucesor, Alejandro.

Demóstenes siguió diciendo pestes de este rey, como las había dicho del anterior.

Alejandro, que no tenía pelo de tonto, prometió no marchar sobre Atenas á condición de que habían de enviarle diez oradores de los que más le hubiesen maltratado en sus discursos, y en primer lugar el caballero de las *Filípicas*.

Demóstenes, que, como persona bien educada, no se mamaba el dedo, y que aquel día estaba de buen humor, contestó al mensaje de Alejandro con una fabulita; la de *Los lobos*. Ya la recordarán ustedes. Es aquella en que unos lobos proponen á unas ovejas un tratado de paz á condición de que ellas les entreguen los perros que las acompañan. Las infelices aceptan la proposición, y entonces los lobos, al verlas sin guardianes, se echan sobre ellas y las devoran tranquilamente.

Como final añadía Demóstenes:

«Saque ahora el más bobo
la moraleja.
Ni Alejandro es un lobo
ni yo una oveja.»

Me parece que la fabulita podría no tener gracia, pero lo que es intención...

Ya había llegado nuestro orador al apogeo de su gloria y disponía á su antojo de los destinos de Grecia, cuando un ciudadano llamado *Ctesifonte* propuso que el pueblo regalase á Demóstenes una corona de oro en pago de los muchos servicios que le debía.

Francamente, la idea de regalar una corona al defensor de una república sólo podía ocurrírsele á un hombre que se llamaba *Ctesifonte*.

Por eso *Esquines*, orador tan notable como envidioso, se aprovechó de la proposición del regalito para pronunciar una acusación tremenda contra su rival.

Ya casi había convencido á su auditorio, cuando se adelanta Demóstenes; pide la palabra, y boca abajo todo el mundo! Aquel sí que fué discurso de la corona, y no los que llevamos leídos en España desde que hay monarquía constitucional!

Resultado: un nuevo triunfo para nuestro héroe y un revólcon espantoso para *Esquines*, que tuvo que salir desterrado de Atenas, no sin que antes Demóstenes le obligase á aceptar algún dinero para el viaje.

[Ejemplo de magnanimidad digno de ser imitado en estos tiempos!

Pero ¡ay! Los caracteres mejor templados son débiles á veces, y aquel coloso de la elocuencia, aquel varón sabio é íntegramente tuvo una debilidad.

Habiase establecido en Atenas un teniente general de Alejandro llamado *Harpalo*, gobernador cesante de Babilonia. Dueño de una fortuna inmensa, no se paraba en barras... de plata, y á toda costa procuraba granjearse amigos y aliados.

Demóstenes le había llamado públicamente *corruptor de mayores* y aconsejaba á los atenienses que expulsaran de la ciudad á aquel huésped peligroso.

Harpalo, que era un tonto muy largo, consiguió atravesar al terrible orador, y ¡oh dioses inmortales! ¡Le sobornó con una copa de oro y veinte talentos!

Convengamos en que el hombre se hizo pagar carito. ¡Veinte talentos! ¡Por uno solo se hubieran vendido algunos de nuestros políticos!

Desde aquel día no volvió á decir Demóstenes ni una palabra del *corruptor*, y para no verse expuesto á hablar en la plaza, faltando á lo convenido con Harpalo, salta á la calle con tapabocas, pretextando una enfermedad de la laringe.

Los atenienses se olieron la tostada y le acusaron públicamente. Él, con todos sus talentos, no supo disculparse, y el juez decretó inmediatamente la prisión de Demóstenes.

Por fortuna para él, las cárceles de entonces estaban tan bien custodiadas como las de ahora — que en eso no hemos adelantado nada — y á los pocos días de encierro logró fugarse tranquilamente.

Pasó algunos años lejos de Atenas, completamente aburrido, pues ya no podía vivir sin echar tres ó cuatro discursos diarios. Así es que, muerto el rey Alejandro, hizo conspirador y andrúo de pue-

blo en pueblo arrojando á las masas á que recobrarán sus perdidos derechos.

Los atenienses, que cambiaban de opinión con mucha facilidad, al tener noticia de los trabajos de propaganda de Demóstenes, dieron al olvido lo pasado, y le suplicaron que volviese á su patria, recibiendo á su entrada en Atenas con replique general de campanas, arcos de triunfo y fuegos artificiales.

Pero no hay bien que cien años dure.

Antipatro, sucesor de Alejandro, habiendo sometido á varios pueblos, marchó sobre Atenas, anunciando á Demóstenes que se verían las caras; pero nuestro orador, que no tenía ganas de conocer personalmente á *Antipatro* — ó *Antipático*, como él le llamaba — llevó la maleta y tomó á escape las de Villadiego.

Llegó hasta la isla de Calabria, perseguido siempre de cerca por las tropas del invasor, hasta que, viéndose ya cogido y cansado de tanto correr, buscó asilo en un templo del dios Neptuno.

En vano desde la puerta le mandaban salir, prometiéndole que no le harían nada.

Demóstenes contestó con entereza que no le daba la gana, y para desmentir á los historiadores que más tarde pusieran en duda su valor, sentóse tranquilamente al pie del altar, y fingiendo que iba á escribir una carta á la familia, sacó una pluma y bebió de un sorbo todo el veneno que encerraba en ella para cuando llegara el caso. Cubrióse la cabeza con la clámide y esperó recostado á que el tóxico empezara sus efectos, y apenas sintió los primeros dolores, se levantó tambaleándose y fué á expirar á la misma puerta del templo, para no profanar con su cadáver aquel sagrado recinto...



¡Así murió el orador más grande de la antigüedad! ¡Como mueren las personas de vergüenza!

Tenía cincuenta y nueve años y algunos meses.

Los atenienses, que después de la desaparición de Demóstenes abominaron de él condenándole á muerte y llegando á dudar de su talento y hasta de su elocuencia, al saber tan heroico suicidio, le tributaron toda clase de honores, erigiéndole una estatua con esta dedicatoria: «A Demóstenes, el varón más justo, más sabio, más elocuente y más honrado de la Grecia».

A cuya inscripción agregó un poeta satírico de la época el siguiente dístico: «¡A buena hora mangas verdes!»

Vital Oza.

★
¡HAY CLASES!

Yo soy cerrajero, ¿estamos? pero me permito el lujo de querer más á mis hijos que el señor duque á las suyas.

«Que por qué? Porque él los cría naturalmente, con rumbo y tiene su cuarto aparte, y los ve de Enero á Julio, y maldito si se ocupa de llevarles el condumio, puesto que se encargan otros de darles pavo y besugo.

Yo vivo sólo por ellos, trabajando más que un mulo, y ¡Dios sabe las fatigas que me cuestan sus mendrugos!

Si se desvelan, yo velo; si se duermen, les arrullo;

sus juguetes yo los hago, su llanto yo se lo enjugo...

«Que esto ha de tener sus contras?

¡Ya lo crea, y como paños! Por ejemplo, al señor duque se le muere el hijo único en brazos de las doncellas ó elayo... y tiene un disgusto, que no podrá ser muy grande si no le trataba mucho.

Y, en cambio, á mí, cuando el cielo se empeña en quitarme alguno,

no sólo hiriéndome el alma me deja vacío el mundo,

sino que con él me roba,

al hundirle en el sepulcro, muchos placeres... ¡y muchas horas de trabajo duro!

Sincero Delgado.



LOS GRANDES ÉXITOS.



—Dicen que el estreno será de sensación. Pongámonos la cota,



el sable,



el revólver, el botiquín y la maza, y vamos andando.



—¿De qué fila es?
—De la cuarta.
—¿Tiene aspillera?



Justo, en la tercera escena se han dividido las opiniones del público.



—Y ¿qué tal la piececita de anoche?
—Pues .. la empresa dice que *extraordinariamente aplaudida*, pero ya ve usted cómo me han puesto.

MENDUENCIAS

¡Cuántas cantidades
suman nuestros besos,
siendo *unos* los míos
y los tuyos *ceros!*

¡Qué franca es mi novia!
¡Por eso la quiero!
¡Sabe todo el mundo que tiene lunares
en el hombro izquierdo!

Cuando beses á alguna,
besa el primero,
que antes saldrás ganando
que no perdiendo;
porque sucede
que el que besa primero
besa dos veces.

JUAN G.^a CAMINERO.

Una mujer casada me enamora
y es su esposo mi amigo.
¿Me quiere usted decir cómo le digo
que me está seduciendo su señora?

Cuando estoy á tu lado,
¡qué trabajo me cuesta ser honrado!

¡Qué de cosas me dijiste
hace un rato con los ojos!
No las digas con la boca,
que en una mujer no es propio.

Cantares gitanos
estoy componiendo;
porque en este verso no importa una sílaba
de más ó de menos.

FEDERICO CANALEJAS.

Entró á servir Nicolasa
á los condes de Belmar,
con encargo de limpiar
los cuartos que hay en la casa,
y en los diez días cabales
que con los condes ha estado,
¡lo menos les ha *limpiado*
un par de miles de reales!

No me explico qué juicio las mujeres
se han llegado á formar de la conciencia.
Cuando nadie las ve pecan sin miedo,
¡y así se les figura que no pecan!

Dos veces me han bautizado,
aunque alguien lo ponga en duda:
en la iglesia la primera,
y en tu calle la segunda.

Que cerrases la puerta á mi llegada
te aconsejé, Pilar, no te lo niego.
Pero quise decir que la cerrases...
después de estar yo dentro.

ALBERTO CASAÑAL SHAKERY.

CHISMES Y CUENTOS.

Tengo que comunicar á ustedes una noticia interesante.
¿Que cuál es?
Que hace ocho días justos se vendió en la Administración el último ejemplar del libro de López Silva

Los barrios bajos

y por consiguiente, nos es imposible servir los pedidos que corresponsales y libreros nos hacen continuamente; prometiendo jeso sí! cumplir con todos en cuanto se haga la segunda edición, en cuya agradable tarea estamos ocupándonos á toda prisa.

Depende esto de que no podíamos esperar tan gran éxito, ni que se concluyera en cuatro meses una copiosa tirada... y no nos hemos prevenido á tiempo.

En fin, todo está en que tengan ustedes un poco de paciencia.

Juntos siempre, á todos lados
Ramón y Mercedes van
y suelen ser respetados
como si fueran casados,
pero nada, no lo están.
Así es que cuando Ramón
va con ella á una reunión,
dice: «Les presento á ustedes
á mi querida Mercedes».
¡Y tiene mucha razón!

MANUEL DEL RÍO GARCÍA.

Si no temiera ser molesto, me atrevería á participar al Sr. Director general de Comunicaciones que la semana pasada ha desaparecido en el abismo insondable el paquete de ejemplares destinado á nuestro corresponsal de Badajoz.

Y que ya que nos chinchán en la central no admitiendo paquetes á las tres y un minuto y apelando á todo género de inconvenientes en la cuestión de franqueo, bueno será que, de paso, se borre aquel antiguo mandamiento de nuestra santa madre la administración que dice:

«Pagará diezmos y primicias al cuerpo de Correos.»

Libros:

Arrepentida, poema original de D. F. Triviño Valdivia. Precio: una peseta.

O fruto prohibido, almanach satírico para 1895, dedicado ao sexo barbado. Lisboa, Kiosco elegante.

Tratamiento de las hernias y consejos á los que las padecen, por el doctor F. Barcero. Tercera edición, con ochenta grabados. Precio: 1,50 pesetas.

Colectión de pensamientos, máximas, sentencias, apotegmas, etc., recopilada por D. Joaquín Molina y Rico. Un tomo de cerca de 400 páginas. Precio: 3,50 pesetas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. J. F.—No podemos alentarle á usted en tan espinosa tarea, porque ¡ay! (y van doscientos ayes por igual causa) nos es imposible admitir artículos.

Juan Sin Miedo.—Crea usted que hace mucho tiempo se me ha ocurrido la misma idea, pero he desistido de ponerla en práctica, porque no tengo derecho á ofender de ese modo á los interesados.

Lusbel.—¡Qué malo es, ¡oh ángel de las tinieblas! ¡Y qué ripio tan grande es eso de los peces!

Sr. D. P. D.—Como los cuatro amigos son desconocidos en Europa, maldito el interés que pueden tener sus semblanzas. El verso de la apuesta no es largo ni corto. Es dardo, y... puede pasar.

El tio empeña copas.—No le quepa á usted dada de ningún género de hoy en adelante. Las dos son malas.

Ilirio.—Ya, ya se ve que es lo primero y que no está usted muy fuerte en poética. Porque esas que usted llama décimas no lo son precisamente.

K. Rosales.—No señor, tampoco es publicable.

Astoroso.—Vamos á echar una cana al aire publicando una *estrofa* de esas:

«Si es la mujer una flor
que no dura más que un día,
yo tendré siempre una mña
y la que no me haga olor
que no cuente con mi amor...»

¡La que no me haga olor! ¡Qué diablos ha querido usted decir con eso? *Uno que á escribir empieza*.—El último tiene gracia. Si usted quiere más, dele de nuevo, firmado.

Compiscicultura.—No se sabe, no señor, cuál de los tres es peor.

Argimiro.—Gracias por la buena intención. Pero lo que quiere usted hacer es otro periódico distinto. Y yo, que tengo los libros de la Administración al alcance de la mano, sé que así es como vamos divinamente.

Ludovico.—Se resiente de vulgaridad el asunto, y es una verdadera lástima.

Sr. D. M. C.—Fíjese usted en que abandona el asonante cuando bien le parece y prescinde usted de la ortografía con una frecuencia lamentable.

Calamidad.—El gato escaldado de las quintillas á ella huye.

Diógenes.—Es de advertir, antes de nada, que los versos de los sonetos han de ser endecasílabos precisamente. Y es de notar, después que usted cree que el suyo tiene estrambote, y no es verdad. Lo que tiene es un verso más que, naturalmente, se queda en el aire.

Buribrano.—La carta es infernal, pero con todo y con eso, no es de creer que en los profundos abismos sean consonantes *puasta* y *vuelta*. ¡Porque sería demasiado castigo para el ángel rebelde!

Quidam.—Inocente y llena de asonancias.

¿*Conviene?*—También es demasiado candorosa la fabulita.

El chiquitín de la casa.—Pues... siga escamado, y usted dispense. Porque los sonetos tienen un saborcillo clásico muy sospechoso. Y además, algunos versos parecen así como mal copiados adrede.

Un lechuguino.—Ya me las había usted enviado antes, y están en la imprenta. Saldrán en cuanto quede un hueco.

Pucela.—¡Dios le conserve á usted muchos años la guasa viva, para solaz y recreo de propios y extraños!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Empiezan en 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña el importe.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Peninsular, 4, primero derecha.

Teléfono núm. 2.160.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

MADRID 1894.—Imprenta de los Hijos de M. G. Hernández, Libertad, 16 desp.º
Teléfono 834.

CHOCOLATES Y CAFÉS
DE LA
COMPAÑÍA COLONIAL
TAPIOCA TÉS
50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
DEPOSITO GENERAL
CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE
MÁLAGA-MANZANARES